

# Aclaraciones a D. D. Davis: Arqueología revolucionaria en Cuba (1996)\*

José M. GUARCH DELMONTE

*Doctor en Ciencias, Profesor de Mérito, Investigador Titular  
Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, Filial de Holguín, Cuba.*

## Resumen

Se analiza la publicación del artículo de D. D. Davis sobre la arqueología en Cuba entre 1962-1992, considerándose como inexactos, tergiversados e infundados, muchos de los planteamientos expresados. Enfoca, desde su punto de vista, la historia real de tres décadas de estudios arqueológicos en Cuba y el período posterior. Sitúa a los arqueólogos cubanos respecto a sus valores de identidad vs. subversión.

Palabras clave: historia de la arqueología en Cuba, Revolución y Arqueología, Identidad Nacional.

## Abstract

This work is the result of the personal evaluation from the author after reading the article from D. D. Davis about the archaeology of Cuba in the period of 1962-1992. Most of the opinions expressed on the article are considered by the author of this work as inaccurated, distorted and baseless. He focuses on the real history of the three decades of the archaeological studies in Cuba and the later period. He situates Cuban archaeologist regarding their values of identity vs. subversion.

Key words: History of the archaeology in Cuba, Revolution and Archaeology, National Identity.

## Introducción

Recientemente llegó a mis manos una traducción del artículo de referencia -lamento no haya sido el original- en el que el señor D. D. Davis intenta, entre otros propósitos, presentar una supuesta historia de la arqueología, específicamente en Cuba desde 1962 hasta 1992. Sin dudas se trata de una interesante labor que es de suponer no alcanza sus objetivos por carecer el referido autor de la suficiente información o que ha “excluido el mencionar” trabajos “sin disculparme” por entender que “no son notables como representantes de los enfoques comunes de su tiempo o especialización”, pero que a nuestro juicio pudieran haber esclarecido con mayor objetividad el proceso histórico que fue abordado.

Estoy totalmente de acuerdo con el planteamiento de D. D. Davis sobre la riqueza arqueológica de Cuba y sus particularidades sobre los cambios culturales y reorganizaciones económicas de los aborígenes en el largo período de casi 10 mil años de permanencia en estas tierras del “único archipiélago oceánico tropical del hemisferio occidental”. Es ese un recurso extinguido del que tuvimos clara visión los arqueólogos cubanos, y de estar en la primera fila de los que lo estudiaran y conservaran, por formar parte de nuestro patrimonio nacional.

Debo dejar por sentado, de forma explícita, que no he concitado ni convocado a otros colegas que conocen del artículo de D. D. Davis, ni lo he sido; simplemente he estimado se trata de una cuestión profesional aclarar los aspectos que me han parecido dudosos; completar los que estimo aparecen incompletos; arrojar luz sobre sombras que pudieran llegar a estimarse subversivas; reconocer los aciertos críticos y a puntualizar posi-

---

\* Nota del Coordinador: artículo publicado en la revista *Ciencias Holguín*, Vol. 4, No. 1:1-10. Holguín, 1998. Reproducido con la autorización de Elena Guarch.

ciones ideológicas sin entrar al debate teórico, asunto que dejo en manos de aquellos que aún profesan la arqueología como oficio y tienen la obligación de conocer los últimos requiebros de los eternos debates en dicho campo, sin que con esto trate de evadir tales encuentros en el terreno correspondiente, al que invito al autor y a cuantos como él deseen realizarlo con un espíritu cooperativo y de apertura científica; lo que no sería nuevo para los arqueólogos cubanos que han tenido la oportunidad de hacerlo durante las tres décadas que se evalúan, con colegas norteamericanos y de otras partes del mundo -occidental y oriental-.

Retomando las palabras de D. D. Davis, “Al inicio de la Revolución en 1959, los arqueólogos comenzaron a documentar el amplio esquema cronológico de la herencia precolombina de la isla. Grandes segmentos de su prehistoria esperaban para ser aclarados y se conocía muy poco sobre los detalles de la tecnología, de patrones de asentamiento y de la economía durante la mayor parte de la era precolombina”. Ese reto fue aceptado por nosotros no de forma intuitiva, sino como esencia de un proyecto bien trazado dirigido desde 1962 en la Comisión Nacional para la Academia de Ciencias por Ernesto E. Tabío Palma, a pesar de la limitada experiencia de sus colaboradores, si exceptuamos al profesor René Herrera Fritot. En el museo Montané de la Universidad de La Habana, el profesor Manuel Rivero de la Calle, antropólogo físico y arqueólogo, continuó el trabajo de sus antecesores. En la Universidad de Oriente, el profesor Felipe Martínez Arango, ejercía y profesaba la arqueología en su condición de arqueólogo graduado en México.

Ninguna de estas figuras, que bien merecen ser estudiadas en detalle, abordaban los estudios e investigaciones arqueológicas con otro método y técnicas que no fuera las que conocían de la escuela norteamericana, excepto Felipe Martínez Arango que incluía sus experiencias de sus estudios en México. Con ellas se dio inicio a las investigaciones que no conformaron entonces ni nunca un sistema nacional único. No fuimos asistidos como plantea D. D. Davis por investigadores soviéticos y de Europa oriental, sino en cierta forma por Irving Rouse, quien nos prestó una amplia colaboración a distancia. Nuestro distan-

ciamiento de los arqueólogos norteamericanos - no de manera total- se produjo como consecuencia del bloqueo político y económico a que sometió y sometió a Cuba el gobierno de los Estados Unidos de América. No nos aislamos, se intentó aislarnos. No obstante, desde entonces y siempre, se mantuvo el envío de todas las publicaciones arqueológicas que aquí se generaban a las más importantes bibliotecas y universidades de USA, por lo que es desconcertante lo expresado por D. D. Davis sobre el desconocimiento de las mismas por los investigadores norteamericanos. Si “el papel de Cuba... permanece sin apreciarse en los Estados Unidos y hasta entre especialistas norteamericanos de la prehistoria caribeña” es por deseo expreso de los mismos y no por falta de gestión de oficio, ya que no es menos cierto que la mayoría de los arqueólogos cubanos nunca han hecho algo para agradar con preferencia a su contrapartida en USA, simplemente han realizado lo que les ha parecido oportuno de acuerdo con sus propios criterios.

La toma y aplicación de los principios básicos del materialismo dialéctico e histórico, fue un proceso consciente de la mayor parte de los arqueólogos cubanos en esos años, por la necesidad de tomar un método coherente con nuestros propósitos, ideología y en última instancia filosofía que asumimos, lo que explica en forma objetiva el proceso histórico que vivimos, donde incluimos a la arqueología como una disciplina de las Ciencias Sociales. Fue esa, y es, nuestra forma de ver las bases que sustentarían nuestra labor. Sin estimar debía ser un elemento antagónico en las relaciones científicas mediando el respeto mutuo entre investigadores.

No fue hasta una década después que se vertebró la colaboración con los arqueólogos soviéticos, no estando ésta encausada hacia una aplicación de sus sistemas de investigación y sus técnicas. Las nuestras fueron evolucionando desde la escuela norteamericana hacia un conjunto de técnicas y sistemas mundiales, con el surgimiento de su adecuación a las necesidades y posibilidades de Cuba en la década del 60.

En esto, como en otros casos, el error de D. D. Davis, consistió en ver, cuando así lo entendió, el desarrollo y evolución de las investigaciones arqueológicas en Cuba en un solo plano y no como

parte de un proceso dialéctico, que ha asumido los períodos sucesivos del contexto histórico en tres décadas.

### Revolución y arqueología

La arqueología en Cuba estuvo enmarcada antes de 1959 por el esfuerzo, casi siempre individual, de personas de distintas profesiones y niveles culturales; su coincidencia en instituciones de enseñanza, escasos museos o grupos autodenominados de aficionados, dieron como resultado en más de 100 años, una obra con muy disímiles grados de fortuna, aún dentro de las consiguientes metodologías al uso. En síntesis puede argumentarse que osciló entre la taxonomía como elemento substancial, la concepción museológica -que adoptó el anterior método- y la proyección cultural-etnológica en las obras de mayor aliento.

La falta de sistemas para el trabajo de campo en ese largo período, ocasionó que la materia prima para las investigaciones careciera de la rigurosidad científica mínima necesaria para considerarla como colecciones arqueológicas aptas para la investigación. Sumado a esto, casi la totalidad de las colecciones así obtenidas no estaban catalogadas, desconociéndose hasta su lugar de origen en no pocos casos. Ante esa masa de evidencias de procedencia desconocida y con muy poca información complementaria, se hallaron los escasos profesionales -que por primera vez existían como tales en la arqueología de Cuba- en 1962. Su labor primada fue catalogar más del 80 por ciento de las colecciones arqueológicas de Cuba, para no tener que continuar haciendo solamente historia del arte o aproximaciones conjeturales a la historia de los aborígenes cubanos.

Esa estrategia, desarrollada en el recién creado Departamento de Antropología de la naciente Academia de Ciencias, indudablemente tuvo que permear a sus integrantes y hacerlos desarrollarse dentro de un sentido clásico clasificatorio de colecciones arqueológicas antes de poder comenzar a realizar trabajos investigativos analíticos. No obstante, la formación de los jóvenes investigadores no fue descuidada, tanto en los aspectos concernientes al trabajo de campo, como en los múltiples métodos arqueológicos, adaptándose -debido a la formación anterior de los escasos pro-

fesores- la escuela norteamericana como metodología única. Nada tuvo que ver la metodología arqueológica soviética en ese entonces (1962-1970), a pesar de las buenas relaciones entre ambos países y de las visitas recíprocas de los arqueólogos.

Durante ese período, los estudios superiores de los investigadores, en este caso específico de los arqueólogos, posibilitaron la aplicación de los “principios básicos del materialismo” dialéctico e histórico en la interpretación arqueológica en Cuba; al menos sucedió así entre la mayor parte de ellos. La coincidencia honrosa con las referencias paradigmáticas del sistema socialista establecido en el país, con una filosofía marxista-leninista y martiana, las hicimos nuestra por convicción [*sic*] racional y no por imposición alguna.

La simbiosis entre la escuela norteamericana en sus facetas de trabajo de campo y análisis de laboratorio por una parte, y por otra la interpretación a través del materialismo histórico, duró poco. Ya en 1966 comenzaron a aplicarse nuevos sistemas para el trabajo de campo, en los que fueron introducidos elementos tales como los sistemas de excavación por coordenadas cartesianas, estratigrafía métrica con segmentos no mayores de 10 cm de espesor (en esa época era usual en la arqueología norteamericana los “levels” de 25 cm) y la aplicación de la estratigrafía natural. El autor aplicó entonces los tres sistemas combinados mediante sistemáticas propias de él y otros arqueólogos. Comenzó así la formación de criterios divergentes con los métodos norteamericanos de entonces y se abrieron paso aplicaciones integradas de otras escuelas -latinoamericanas y europeas occidentales y orientales- acordes con nuestras necesidades y conceptos dentro de la emergente escuela cubana de arqueología.

En la década del 60 sin duda la mayor parte de los arqueólogos cubanos mantuvieron o necesitaron publicar documentos con características descriptivas dentro de marcos taxonómicos y tipológicos; solamente aquellos que arrastraban con mucho arraigo el lastre de las “narrativas”, continuaron produciendo monografías o artículos de tal especie. D. D. Davis exagera al generalizar esa situación; como también lo hace al expresar que “es raro ver documentación (debe referirse a esa época, N. del A.) cuantitativa de la variabilidad

dentro de las principales clases de artefactos, y de la variación artefactual dentro o entre conjuntos”.

De manera creciente se puede advertir en la bibliografía arqueológica cubana de la época, precisamente modestos pero efectivos análisis sobre diferenciación de tipos y clases de artefactos, dentro y entre conjuntos. Sucede que parece desconcertante para D. D. Davis que en Cuba puedan haber existido y existan diversidad de criterios y no una uniformidad “oficial” en el pensamiento y labor de los intelectuales, entre ellos los arqueólogos. Precisamente entre los trabajos anotados y entre otros de cualquiera de las tres décadas, puede advertirse esa diversidad de criterios; técnicos, metodológicos e ideológicos, con enfoques diversos y aún discrepantes con el materialismo histórico. Recurrentes hacia esa arqueología como disciplina exclusivamente de asuntos tecnológicos de las evidencias materiales -incapaz de reconstruir la historia de las entidades en estudio- tan de moda entre los arqueólogos y antropólogos norteamericanos en los años 60 y aún 70 de este siglo XX. Sucede que en Cuba entre los arqueólogos no ha habido unanimidad de criterios, a lo sumo consenso, la mayoría de las veces mayoría sobre determinados temas conceptuales, es sorprendente que se hable de un “nuevo paradigma oficial”.

No obstante, me inclino a aceptar, con reservas metódicas, el planteamiento que, sorpresiva y contradictoriamente, hace sobre “la conducta general de la arqueología en Cuba y, particularmente, la interpretación cubana de la prehistoria, puede ser comprendida sólo con referencia al amplio palimpsesto de su historia prerrevolucionaria, al marxismo y ciertas orientaciones investigativas a largo plazo no atribuibles a los Estados Unidos, ni a los soviéticos, sino que son **esencialmente cubanas**” (las negritas son nuestras, N. del A.).

Es un deber aclarar a D. D. David (*sic*) que la presentación de tesis para optar por el Grado de Doctor en Ciencias Históricas (Ph.D.) no fue en los años 60 sino a inicios de la década del 70, que los arqueólogos E. E. Tabío y J. M. Guarch, lo hicieron en el Instituto de Etnografía Miklukho Maklay de la Academia de Ciencias de la URSS, Estrella Rey pocos años después en el de Historia de la propia institución, y que en el caso de J. Febles, lo hizo en la década del 80 en el instituto

de Arqueología, sin que ninguno de ellos haya constituido “en su conjunto” ni individualmente un hecho “dramático”, como no lo debe haber sido para Davis la posible presentación de su tesis doctoral en cualquiera de las instituciones universitarias a su alcance en su país. Las tesis de todos fueron sobre temas cubanos, excepto en el caso de Tabío, que lo hizo sobre un material de Perú prehispánico. En todas ellas, para su tranquilidad, hubo una permanente presencia de nuestra forma de pensar e independencia absoluta sobre la interpretación de las leyes generales del materialismo histórico y el devenir de la comunidad primitiva, existiendo en ocasiones discrepancias dentro de lo conocido que fueron reconocidas como aportes, sin los cuales, no hubieran tenido valor conceptual las mismas. No obstante, la de mayor influencia “soviética” fue la de J. Febles por su contenido tipológico y método clasificatorio.

La década de los años 70 fue muy fructífera en varias direcciones. Por razón de los convenios suscritos, arribaron a Cuba investigadores arqueólogos de la Academia de Ciencias de la URSS y Checoslovaquia, de Polonia de la Universidad de Kracovia y de la Academia de Ciencias, fundamentalmente interesados en las investigaciones sobre la piedra tallada y las comunidades más tempranas de nuestro país. Especialmente los polacos iniciaron éstas y enseñaron a un grupo de arqueólogos cubanos la clasificación tipológica de la piedra tallada según la escuela tradicional francesa. Se intercambiaron experiencias con arqueólogos del INAH de México, del Museo Nacional de Arqueología de Perú, de la Universidad de Caracas, Venezuela, del Museo del Hombre de República Dominicana. De manera destacada con el Smithsonian Institution de USA (intercambio de investigadores y cursillos impartidos en Cuba sobre el Método Ford de clasificación y análisis cerámico), continuándose las relaciones con Yale University, donde se procesaron un buen número de muestras para fechamiento radiocarbónico al igual que en el Smithsonian Ins.

Durante todo ese período el número de publicaciones procedentes de USA fue pequeño, reduciéndose a lo que trajeron consigo los investigadores y algo que pudo ser enviado por correspondencia -siempre de difícil acceso debido a la sus-

pensión del convenio Postal de forma unilateral por USA con Cuba-.

Las publicaciones de los investigadores cubanos, aún cuando conservaban en apreciable número una dirección descriptiva, mostraban cada vez más los resultados de procesos de análisis cuantitativos de las evidencias procedentes de excavaciones realizados por ellos con los debidos controles científicos.

D. D. Davis resalta como ejemplo de trabajo descriptivo: *El Taíno de Cuba*, ensayo de reconstrucción etnohistórica. No fue otra mi intención que plasmar las características específicas de un pequeño grupo del extremo oriental de Cuba tratado con anterioridad con suma arbitrariedad por investigadores cubanos y extranjeros. Por múltiples razones no podía en los años en que abordé la tesis que contiene los resultados, efectuar otro tipo de investigación que las limitadas a las que daban acceso a la mayor parte de las colecciones recogidas en la época prerrevolucionaria de forma inadecuada. Me satisfacen dos aspectos del referido texto: el primero, que organizó el conocimiento y la descripción de clases y tipos de artefactos, incluyendo nuevas nomenclaturas para denominarlos, en muchos inexistentes. El segundo, que aún conserva cierta vigencia para aquellos que desean aproximarse al conocimiento arqueológico e histórico de los taínos, a más de 40 años de haberse efectuado las investigaciones. No obstante carece de objetividad expresar que en ellas se haya tratado burdamente la metodología de I. Rouse sobre los modos; observé los mismos de acuerdo con una visión reflexiva muchos años después que Rouse creara su aportadora metodología.

Sin duda los trabajos arqueológicos en Cuba han estado signados por el deseo de abordar y esclarecer primer, dentro del modo de producción de la comunidad primitiva, el grado de desarrollo de las fuerzas productivas como factor primordial de subsistencia de las mismas, antes de abordar aspectos de la superestructura. Ya en los años 80, pudimos realizar tales temas, en monografías, artículos ponencias e incluso libros de varios autores con diversos enfoques (entre ellos A. Núñez Jiménez). A finales de los 80 y principios de los 90 se extendieron este tipo de investigaciones con mayor o menor acierto, pero siempre con la liber-

tad individual de los autores de presentar sus conceptos sin seguir “paradigmas” oficialistas y mucho menos soviéticos o de otra índole. Habían quedado atrás los síntomas de dogmatismo que en algunos afloraron en las décadas del 60 y principios del 70.

A través de todo su artículo D. D. Davis se pronuncia de tal manera prolija sobre los errores de enfoques de la arqueología cubana de las décadas 62-92, que es imposible aclarar cada uno de los aspectos en las diez páginas de que dispongo. Es lamentable que tan excelente oportunidad para valorar nuestros aciertos -de haber alguno según los conceptos de Davis- y nuestros errores, esté permeado por una falta de información correcta de cada período, por la eliminación de trabajos que contradicen sus aseveraciones, en particular las reiteradas sobre nuestra supuesta dependencia absoluta del pensamiento conceptual y metodológico soviético.

Davis no deja la más mínima de las posibilidades para la creatividad de los cubanos -a pesar que contradictoriamente reconoce a veces un plan no dependiente-. El sentido de que somos un grupo de cretinos “adaptables” viviendo en la penumbra histórica de grandes poderes, es inadmisibles. Nuestras luchas por más de un siglo contra los reales imperios que en el pasado nos han sojuzgado, pero no vencido, y las actuales contra quienes intentan doblegarnos, manteniendo una actitud heroica y creativa en todos los campos, aportan suficientes pruebas para rebatir sus débiles fundamentaciones. Situación que de hecho es extensible al campo de las ideas y conceptos en la arqueología.

Sin dudas nuestra incidencia en las investigaciones del área no han pasado inadvertidas a nuestros intereses investigativos; si cuidadosamente a la mayoría de los casos nuestros trabajos se han referido a Cuba excluyendo su entorno caribeño y el más amplio, no se trata por haber adaptado posiciones xenófilas, sino a nuestras reconocidas y manifiestas limitaciones económicas que no nos permiten constatar de primera mano los resultados de los colegas del área en sus propios medios; a lo que se suman imposibilidades de visados para tales fines, por los países receptivos, y el carecer de permisos oficiales -como es usual para las instituciones norteamericanas-

para la realización de investigaciones en la América Latina o en otros lugares. Por otra parte es ese uno de los puntos débiles de nuestro proyecto.

Finalmente en este aspecto, si abordamos investigaciones sin la supuesta o real utilización de una bibliografía de punta, es por motivo de carecer de ella por efecto del bloqueo o porque aún teniéndola a nuestra disposición, entendemos no satisface nuestras necesidades conceptuales; en lo que cada cual es libre de decidir en nuestro país - como en todos los aspectos de nuestra democracia socialista-.

### **Identidad vs. subversión**

Me permito plantear que no es compatible con un trabajo de valoración y crítica científica -aún cuando éste prevea sobre su intento de relacionar la actividad del trabajo arqueológico “con la filosofía política revolucionaria y la filosofía social”- con inexactitudes tendenciosas como la supuesta “persistencia” de los arqueólogos cubanos “en solicitar mayor cooperación con Norteamérica” después del desmoronamiento del campo socialista del este de Europa. A pesar de los esfuerzos del gobierno de USA por evitarlo, siempre se ha mantenido un mínimo contacto cooperativo entre algunas instituciones norteamericanas y los arqueólogos de Cuba; no ha sido necesario el colapso de la URSS para ello.

Tampoco es de estimarse que las “excepciones de investigadores cuyo trabajo presagia interés futuro” tengan que estar signados y “marchen acordes con otras ideas” contrarias al sistema social que hemos decidido adoptar los cubanos, mensaje entresijado (*sic*) que se aprecia es ese contexto.

Es inadmisibles aceptar como cubanos el que se señale en el trabajo de D. D. Davis, que la URSS tuvo su turno como estado dominante de “la pequeña república”. Supimos liberarnos del yugo de España y del de USA y no aceptamos dominación alguna, aunque la lucha en que estamos empeñados revista características épicas en los tiempos actuales.

El señor Davis utiliza muy poco las referencias a trabajos publicados en los últimos años, pero está aparentemente en conocimiento de ellos cuando arbitrariamente plantea que “en los último

tres años, el uso explícito de la teoría dialéctica en las publicaciones arqueológicas cubanas ha palidecido y ha habido una expansión hacia las referencias de investigaciones de Estados Unidos y de Europa occidental...” Su referencia o la de su innegable informante es inexacta; sucede que, sin duda existe una tendencia de rectificación general evitando la innecesaria manipulación de términos filosóficos que inducían a algunos a una aproximación al dogmatismo, dentro de un lenguaje más apropiado para la historiografía que para la arqueología, pero esto no indica una pérdida de los valores fundamentales de nuestros paradigmas en el terreno del materialismo dialéctico; mucho menos en tendencias colectivas de aproximaciones mayores que las ya existentes a métodos e investigaciones de USA y Europa occidental en virtud de un supuesto desmoronamiento de nuestra ideología.

Tal vez si podemos dejar expresado una notable aproximación explícita hacia la metodología y puntos de vista del llamado Grupo de Vieques, compuesto en su gran mayoría por arqueólogos latinoamericanos del área del Caribe y algunos norteamericanos. Su contradicción en cuanto al empleo por los arqueólogos cubanos de métodos cuantitativos “desde hace unos diez años” y de la tendencia de éstos hacia una “ciencia dura”, no es compatible con lo expresado por D. D. Davis a lo largo de su trabajo, ni lo es tampoco con la realidad, ya que dicha tendencia se incrementó a mediados de la década del 70, hace unos veinte años.

Lo expresado sobre el interés desde el colapso de la URSS de una aproximación a USA y Europa occidental en busca de interactuar, es exagerada provocando una imagen distorsionada de la realidad. Siempre han existido relaciones con las universidades (algunas de ellas) de USA, Canadá y de Francia, las que se mantienen y amplían en la medida que se expresa la solidaridad con nuestro pueblo. En los próximos años esperamos poder aumentar las mismas con múltiples investigadores de diversos países en igualdad de condiciones, sin que tengamos que esperar “claramente que las relaciones de investigación... con instituciones norteamericanas, crearán una base para el flujo de fondos”. Aunque estamos confiados en que algún día, las fuerzas dominantes de USA, cesen en las restricciones y el ilegal bloqueo a

Cuba y se aumenten las relaciones de colaboración entre ambos países. Siempre que estas sean sobre una base de igualdad, respeto mutuo y sin que las mismas tengan necesariamente que ser únicamente “beneficiosa para Cuba y no **explícitamente** en conflicto con el paradigma oficial.” (Las negritas son nuestras, N. del A.).

Sin duda en Cuba crece cada día el sentido de patria, templado cada jornada por el esfuerzo en la lucha contra los factores adversos que nos rodean, en especial con la profundización en nuestras raíces de identidad nacional, presentes en la memoria histórica y cultural. En esa valoración de cubanía y de ideología martiana estamos inmersos; como es obvio, siempre surgirán las individualidades que sientan más causas ajenas y se plieguen a intereses científicos o económicos ajenos a su patria, prestándose a ofrecer informaciones incluso tergiversadas que desorienten a personas deseosas de conocer el escenario, en este caso, de la arqueología de Cuba, la cual debe ser valorada sobre el terreno y no a través de oficiosos intermediarios o bibliografías segmentadas.

Puedo señalar, como opinión personal, las deficiencias de la labor efectuada por los arqueólogos cubanos en las tres décadas en estudio:

- 1) Una exagerada preocupación por adecuar al discurso historiográfico los resultados arqueológicos, restringiendo la publicación de monografías netamente analíticas, cuantitativas y de enfoque sistemático.
- 2) La mantenida fascinación ante las investigaciones de extranjeros sobre el área antillana. Inadecuada sustracción a la crítica de trabajos de colegas del área del Caribe sin osar intervenir casi en sus esferas.
- 3) Falta de espíritu de controversia en los debates teóricos, conceptuales, metodológicos y de enfoque, en eventos y reuniones científicas: evasión exagerada; extensión real o temida, a otros asuntos profesionales del ejercicio de la crítica sobre un aspecto específico.
- 4) Imposibilidad de crear una entidad docente que imparta como carrera de nivel superior, Arqueología; lo que origina la necesidad de especializar graduados de Historia como arqueólogos o formados en el

extranjero, con una visión europea de la arqueología.

## Referencias

Ante la imposibilidad de referirme a la bibliografía que respalda los conceptos aquí sostenidos (aproximadamente unos 150 títulos), se incluirán únicamente los que estimo son de imprescindible conocimiento. Tampoco se incluyen los utilizados como referencia por D. D. Davis.

Davis, Dave D. *Revolutionary Archaeology in Cuba*. Journal of Archaeological Method and Theory. Plenum Publishing Corporation. E.U.A. 3(3):159-188, 1996 (E. U. A.).

Guarch, José M. *Excavaciones en el Caney del Castillo / José M. Guarch, Rodolfo Payarés*. – La Habana: Dpto. de Antropología: Com. Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, 1964. -35p.

---- *Arqueología de Cuba: métodos y sistemas / José M. Guarch*. - La Habana: Ins. Ciencias Sociales: Ed. Ins. Cubano del Libro, 1987. -103p.

---- *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba / José M. Guarch*. – Holguín: Ed. Holguín, 1990 – 79p. Colección de la Ciudad.

---- *La muerte en las Antillas: Cuba*. Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe* (Santiago de Cuba) 1(1): 12-25, ene., 1996.

Núñez Jiménez, Antonio. *Cuba: dibujos rupestres / Antonio Núñez Jiménez*. –Lima: Ins. Cubanos del Libro, 1975. -506p.

*Simposium XXX Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba (11:1970: La Habana)*. José M. Guarch. *Excavaciones en Cueva Funche, Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba*. En Serie Espeleológica y Carsológica No. 10. – La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1970, t.1.

---- (11:1970: La Habana). Ramón Dacal Moure. *Excavaciones en Cueva Funche, Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba*. En Serie Espeleológica y Carsológica No. 11. – La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1970, t.2.

---- (11:1970: La Habana). Milton Pino Rodríguez. Excavaciones en Cueva Funche, Guahacabibes, Pinar del Río, Cuba. En Serie Espeleológica y Carsológica No. 12. – La Habana: Academia de Ciencias de Cuba, 1970, t.3.

Tabío, Ernesto E. Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba / Ernesto E. Tabío, José M. Guarch. – La Habana: Dpto. de Antropología: Academia de Ciencias de Cuba, 1966. -125p.